

Prólogo

Una visión vestida de azul

1847

Whitehall

*L*a verdad.

Esa sencilla palabra era el arma de Royden Napier, su modo de moverse por el mundo, la vara de medir con la que calibraba a las personas que entraban en su vida y en su oficina.

Pero la verdad, como ocurre con la belleza, era a menudo escurridiza, mientras que las mentiras abundaban como las moscas. Según la experiencia de Napier, antes o después todo el mundo mentía. O engañaba. O estafaba. O... a veces cosas mucho peores. Y en la lucha contra ellas estaba empleado el cuerpo entero de la Policía Metropolitana al servicio de Su Majestad la reina.

Oh, a Napier le habían llamado cínico a menudo. Aun así, todo aquel que subía los cuatro tramos de escaleras que separaban Whitehall Place de sus oficinas inevitablemente tenía una historia que contar, desde los lamebotas del gobierno que subían a fanfarronear y a tratar de imponer sobre él su influencia política, pasando por los investigadores que tenía a su cargo, hasta los criminales que ocasionalmente le llevaban desde Scotland Yard.

La mayoría de ellos estaban dispuestos a sacrificar la verdad —o de empujarla hasta el condenado borde del precipicio— a fin de conseguir lo que querían. A fin de hacer que las cosas parecieran lo que

ellos pretendían que parecieran y conseguir algo que les reportara influencia, venganza o libertad.

Y la hermosa mujer que esperaba fuera de su oficina estaba, según la avezada estimación de Napier, entre ellos. De qué manera, y con qué fin, no lo sabía con exactitud. No todavía.

En cualquier caso, le intrigaba.

Se preguntó qué historia podía contarle una mujer tan hermosa y qué interesada necesidad la habría llevado hasta ese lugar de congojas y sombras al que nadie acudía por voluntad propia, a menos que desearan algo muy, muy desesperadamente.

Napier ladeó levemente la cabeza a la izquierda y miró por la rendija de la puerta de su oficina, recorriendo con ella el largo vestíbulo de suelos de madera. La habitación albergaba a sus empleados a un lado, y en el otro estaba ocupada por una fila de sillas de respaldo alto, notoriamente incómodas.

En general, la política de Napier era mantener esperando allí a sus impacientes visitas para despacharlas nuevamente a toda prisa. El número 4 de Whitehall funcionaba como un molino de harina, con más por moler que por pesar, y Napier estaba saturado hasta tiempos inmemoriales con reuniones, citas y labores generales de adulación gubernamental.

Pero la pelirroja que, flaca como un galgo y de largas piernas, esperaba al otro lado de su puerta parecía implacablemente decidida a aguardar el tiempo que hiciera falta, como aguarda un lebrél apostado ante la madriguera de un zorro.

La recorrió con la mirada, calibrándola. Tenía las manos enguantadas y cerradas con fuerza en sendos puños sobre el regazo y el mentón levantado en un gesto casi de arrogancia. De aproximadamente un metro sesenta de altura, según le calculó Napier, la dama llevaba sombrero, un modelo pequeño pero demodé de redecilla y terciopelo azul marino que favorecía extrañamente su encendida nube de cabello salvaje.

La mujer no se había recogido el pelo recurriendo a los insípidos bucles y tirabuzones tan en boga en aquel momento, sino que lo había

hecho holgadamente en un moño blando que había decidido rebelarse contra sus restricciones y estaba en efecto saliéndose con la suya. Los zarcillos se rizaban a ambos lados de su rostro y Napier calculó que, de haberlo llevado suelto, el cabello de la mujer se habría derramado a media altura en una cascada de satén rojo. De manera hartamente interesante, la desconocida tenía junto a los pies una pequeña y destartada maleta.

Napier desconfiaba especialmente de las mujeres, sobre todo de las hermosas.

La pelirroja, sin embargo, no era precisamente hermosa.

No. Era... llamativa. Y feroz. El inspector conocía lo bastante bien la naturaleza humana como para reconocer esa emoción en estado puro en cuanto la veía.

En fin. Abrió la puerta de un tirón y se preparó para despacharla escaleras abajo con los demás.

—Inspector Adjunto de Policía Napier —se presentó sin mayores rodeos, bloqueando el ancho de la puerta con los hombros—. ¿En qué puedo ayudarla?

La cabeza de la mujer giró hacia él, y con ella unos ojos penetrantes como estrellas fugaces en una noche sin luna.

—Haciendo vuestro trabajo —respondió ella, levantándose en un frufú de crujiente seda azul marino.

—Os ruego que me disculpéis —replicó él con frialdad—, pero me temo que no hemos tenido el placer de haber sido presentados convenientemente.

La dama apenas palideció.

—Quizás os acordaríais de mí si os digo que soy Elizabeth Colburne.

Aunque era sin duda un nombre bastante común, Napier fue incapaz de recordarlo. A pesar de eso, la dama le miraba expectante y fue presa de un curioso escalofrío: una premonición, pensaría más tarde. Con un floreo, retrocedió para hacerla pasar.

—A vuestro servicio, señora.

Unas cejas oscuras y angulosas se arquearon como impulsadas por un resorte.

—¿Es eso cierto? —fue la seca respuesta de la mujer—. A juzgar por lo que dejan entrever los periódicos de Londres, diríase que sois el criado del conde de Lazonby.

Napier se vio sumido en un fugaz paréntesis de mutismo muy poco habitual en él.

La dama pasó deslizándose delante de él con su maleta en una mano y la falda levemente levantada en la otra, como si temiera que la mera presencia del inspector pudiera mancharlas.

Napier cerró la puerta con mucha más fuerza de la que solía emplear.

—Entendedme, señora —dijo, rodeándola—. No soy amigo de lord Lazonby. Además, el hombre ronda ya su lecho de muerte. Un cáncer, según tengo entendido. Ningún amigo salvo el mismísimo Dios puede ayudarle ya.

—¡Oh, qué drama! —La mujer dejó escapar un desdeñoso sorbido—. El hombre es un Welham, ¿me equivoco? No es fácil terminar con esa vil y vulgar raza, como bien le ha demostrado su hijo y heredero en tan acertadas y repetidas ocasiones.

—Puede que Rance Welham haya faltado a la ley y haya sobrevivido durante toda una vida huyendo de ella —replicó Napier con tono grave—, pero yo no soy juez ni jurado, ni tampoco verdugo, señora mía. Trabajo en la Policía Metropolitana, y aquí hemos cumplido con nuestra responsabilidad en lo que concierne al hijo de lord Lazonby. Y debo decir que admirablemente.

—¿Admirablemente? —exclamó estridentemente la mujer—. Santo Dios, ¡pero si ni siquiera han podido ustedes ajusticiar al hombre como se merecía! ¡Y ahora leo que están a punto de exonerarle y que va a volver a salir de la cárcel! ¡Habrased visto semejante desmesura!

Napier plantó una mano en la esquina de su escritorio y se inclinó hacia ella.

—Disculpadme —dijo con frialdad—, pero el asunto está prácticamente decidido.

—¡Y si la policía hubiera hecho su trabajo la primera vez, hace tiempo que Rance Welham estaría pudriéndose en su tumba! Pero fue todo un paripé. Fue una... ¡una chapuza de disparates burocráticos! ¡De una ineptitud burda y ofensiva! Dios del cielo, señor, ¿es que vuestra gente no es tan siquiera capaz de hacer un nudo a una horca como es debido?

Napier forzó una sonrisa tensa.

—Sois una maestra en el uso del adjetivo, señora.

Pero los ojos de la mujer habían empezado a brillar reveladoramente.

—Un desastre, señor. Ni siquiera fueron capaces de colgarle como es debido —prosiguió—. ¿Y ahora piensan dejarle salir tan campante de la prisión de Newgate convertido en un hombre libre?

—¿Tan campante, decís? —masculló Napier—. Diría más bien encabezando una cabalgata real.

—No, no —insistió ella, alzando la voz—. ¡Peor aún que como un simple hombre libre! En efecto, ahora que el traficante de influencias que era su padre ha muerto, Rance Welham se convertirá en par del reino: será lord Lazonby y disfrutará de una vida de ocio y de abundancia sin mesura mientras sus víctimas caen en el olvido.

El temple de Napier finalmente titubeó.

—Santo Dios, señora —dijo con frialdad—, ¿creéis acaso que este giro de los acontecimientos me complace más que a vos? Mi propio padre luchó este caso hasta su último aliento, y no fue fácil condenar al hijo de un par, sobre todo tratándose de alguien tan rico como el conde de Lazonby.

—Sí, a eso se reduce siempre todo, ¿no es cierto? —Bajó la voz, extrañamente trémula de pronto—. Dinero, dinero y dinero. Siempre y eternamente el dinero. Porque esto es Inglaterra, y la influencia la compran los ricos, y malditos sean los pobres. ¡Oh, eso sí lo recuerdo bien!

Confundido por el repentino cambio de tercio de la mujer, Napier vaciló.

Tardó apenas un instante de más. La señorita Colburne seguía aferrada a su maleta, y con un tranquilo movimiento, se acercó a él y la abrió, cubriendo la bruñida superficie del escritorio con una avalancha de fajos de billetes.

Napier no salió de su asombro. El montón de billetes se movió y un fajo cayó al suelo, reventando el cordel que lo sujetaba y dejando que los billetes se desperdigaran a merced de la brisa otoñal.

—Dios mío —susurró.

Alzó la vista, apartándola del montón de billetes para fijarla en los ojos de la mujer y se le secó la boca.

Halló una expresión de extrema satisfacción en la mirada fría y firme de Elizabeth Colburne.

—Y bien —dijo ella con voz queda—. Aquí lo tenéis, señor. Dólares norteamericanos, sí, pues he venido con mucha prisa. Aun así, calculo que deben de sumar unas veinte mil libras. Decidme entonces, señor Napier: ¿cuánta justicia inglesa me comprará esta suma?

—¿Cómo decís?

La dama agitó una mano sobre el escritorio.

—Tomadlos —dijo—. Es todo el metálico que poseo en el mundo, o casi todo. Pero mi dinero vale tanto como el de lord Lazonby. Y, según mis cálculos, veinte mil libras deberían bastar para mantener a Rance Welham en prisión, y esta vez hasta que esté muerto y enterrado.

—Cielo santo, estoy empezando a creer que estáis loca. —Napier le arrancó la maleta de la mano y empezó a meter en ella metódicamente los fajos de billetes—. Señora, va contra ley intentar sobornar a un empleado público. Os ruego que cojáis vuestro dinero y os marchéis u os juro que os arrestaré.

—¿Arrestarme? —Cualquier atisbo de dulzura se desvaneció como por encanto—. Cielos, la ley de la Tierra debe de haber cambiado ostensiblemente desde la última vez que viví en Londres. Entonces,

¿es perfectamente aceptable que los asesinos que actúan a sangre fría estén libres y que mi soborno declarado se considere un insulto?

—Tomad asiento —le ordenó Napier—, y guardad silencio. Sí, he dicho «arrestaros», señora. Y no os atreváis a ponerme a prueba.

Pero ella no se sentó... ni se calló.

—Ay de mí —murmuró en cambio, viendo cómo él iba recogiendo los billetes sueltos—. Os he juzgado espantosamente mal, señor Napier.

Aparentemente impertérrita, la dama cruzó la oficina hasta quedarse plantada a sólo unos centímetros de él. Napier sintió incluso cómo aumentaba el calor de su ira, y con él también su olor: era un aroma cálido y exótico, como a lirios orientales bajo un tórrido sol de agosto.

Mientras se quitaba los guantes con bruscos y prolijos tirones, la mujer le recorrió despacio con la mirada, de la cabeza a los pies: una mirada calculadora, casi taimada.

—Y bien —dijo con una voz ronca—. Si no es con dinero, inspector adjunto, ¿hay algún otro modo de que pueda... «pueda» simplemente... convenceros?

Arrojando a un lado los guantes, la mujer se desabrochó el primer botón del corpiño, dejando a la vista un par de centímetros de piel tierna, pálida y apetitosa como la nata.

«Hay un modo, sí.»

O al menos durante un instante así se lo pareció a él. Napier sintió que la lujuria temblaba en su interior, inundándole la entrepierna como calor líquido. Una descarga de deseo se le arremolinó en el vientre. Deseaba lo que al parecer ella ofrecía y al mismo tiempo le horrorizaba verse capaz de considerar la oferta. Aun así, no era ningún santo.

Tragó saliva e intentó obligarse a apartar la mirada. Santo cielo, la mujer ni siquiera era su tipo. Demasiado delgada, demasiado alta. Con unos ojos demasiado encendidos y demasiado pelirroja. Demasiado... intensa.

Ella se le acercó un centímetro más y se desabrochó otro botón.

—¿Es interés lo que veo arder en vuestros ojos, querido señor Napier? —Su aliento le rozó la mejilla—. Vamos, hacedme una oferta. *Quid pro quo*. Como veis, estoy muy desesperada.

Napier se obligó a dar un paso atrás, aunque le resultó más duro de lo que a priori debería haber sido. *Todo* se estaba volviendo más duro de lo que debía. A punto estuvo de posar el dedo en el seductor hueco que asomaba bajo el cuello de la mujer, y deslizarlo hacia abajo. Y seguir bajando aún más desde allí.

Un destello de reconocimiento iluminó los ojos de la mujer, cuya mirada descendió lentamente por el chaleco del inspector.

Napier arqueó una ceja.

—Por Dios, señora —dijo—, no os andáis con rodeos.

Las pestañas de Elizabeth Colburne aletearon al tiempo que ella volvía a alzar la mirada.

—Cuando no tengo elección, no —respondió—. Quiero que se castigue... o que cuelguen a Rance Welham, y venderé mi alma al diablo si es necesario para conseguirlo. En cuanto a venderme a vos... en fin, ¿cuál es la diferencia?

Napier la interrumpió sin contemplación alguna.

—Consideraos una afortunada, querida, de que simplemente no os levante las faldas aquí mismo y tome lo que tan descaradamente me ofrecéis, *quid pro quo* al margen. —La había agarrado del brazo y la empujaba ya hacia la puerta—. No soy famoso por mi contención caballeresca.

—Diantre, señor Napier, ¿es el resto de vos tan firme como esta mano? —dijo ella, lanzándole una acalorada mirada por encima del hombro—. ¿Y estáis totalmente seguro de que no puedo convencerlos para que negociéis?

Algo estalló entonces: si fue furia o lujuria en estado puro, Napier no lo supo nunca con absoluta seguridad, pero la obligó a girar sobre sus talones, decidido a temperar la casquivana lengua de arpía.

Y fue entonces cuando Napier lo vio: el destello de inconfundible

temor que había en los ojos de la mujer. Oh, lo disimulaba bien, pero él llevaba una década dedicado a detectar a farsantes, mentirosos y falsas bravatas. Relajó un poco la mano.

—Escuchadme bien —dijo muy serio—. Reconozco el engaño a la legua. Estáis alterada, sí, y enfadada, pero no me cabe duda de que no sois esta clase de mujer.

—¿Eso creéis? —Volvió a alzar el mentón, pero la mirada titubeó—. Yo podría... podría hacerlo. Sois lo suficientemente apuesto, salvo por esos ojos duros y tristes. ¿Lo haréis entonces? Me refiero a si me ayudaréis. Estoy dispuesta a... bueno, a hacer lo que me pidáis.

Napier sintió que volvía a sacudirle esa espantosa combinación de deseo y enojo. Sin embargo, el labio inferior de la mujer había empezado a temblar y ya nada podía ocultar su potente mezcla de miedo y furia.

—Querida —dijo él con voz queda—, creedme si os digo que sois hartamente deseable. Pero el vuestro es un juego peligroso. ¿Qué podría valer lo que me ofrecéis? Vuestro honor. Vuestra integridad. ¿Estaríais realmente dispuesta a manillaros por simple venganza?

Al oírle hablar así, algo en ella pareció derrumbarse, la aflicción le ablandó el rostro y sus hombros se encogieron como si fuera a desmayarse.

—Oh, Dios —susurró, llevándose una mano a la boca.

Sin ser consciente de ello, Napier le cogió la mano y se la llevó al pecho. Ella se derrumbó sobre él con un sollozo profundo y desgraciado que pareció haber surgido de un pozo de desesperación al tiempo que sus dedos se cerraban sobre su abrigo, como si aferrándose al inspector pudiera evitar ahogarse en él. Contra toda sensatez, él la abrazó contra su pecho, poniéndole una mano entre los omóplatos.

«Al demonio con todo», pensó.

Napier tenía poca experiencia con mujeres desconsoladas, pero albergaba la esperanza de no ser un hombre cruel. Y las lágrimas de la desconocida eran de auténtica desesperación, desprovistas del menor atisbo de artificio. Peor todavía, una parte traicionera de él deseaba

abrazarla, aspirar su olor cálido y exótico y fingir que actuar de ese modo no era una auténtica locura.

Pero sí lo era. Y ella pareció también percibirlo, separándose de pronto, y casi bruscamente, de su abrazo. Elizabeth Colburne giró sobre sus talones, dándole la espalda y secándose los ojos con el dorso de las manos.

—Oh, ¡esto no conducirá a nada! —exclamó con voz ronca, visiblemente enojada consigo misma—. No he venido hasta aquí para acobardarme ahora. No puedo. No, no lo haré.

Napier se sintió de pronto incómodo, y al tiempo que su deseo menguaba, la lógica volvió a ocupar su lugar.

—Señora, quizá podáis iluminarme —dijo—. No acabo de entender cuál es vuestro interés en el caso Welham.

Ella se volvió, con los ojos todavía velados por las lágrimas contenidas.

—¿Jamás os habéis molestado en consultar los archivos de vuestro padre, señor Napier? —preguntó con voz queda—. Soy la hija menor de sir Arthur Colburne, a quien el señor Welham condenó a la ruina, por no decir que prácticamente terminó con su vida.

Napier se quedó de piedra.

Aquel espantoso caso de asesinato había sido en efecto de su difunto padre, aunque desde entonces habían pasado al menos doce años. Y sir Arthur no había sido la víctima. A decir verdad, apenas se había visto implicado en el asunto.

De todos modos, Napier sí recordaba vagamente la existencia de una hija. ¿Ellen? ¿Elinor? La joven había sido la prometida de la víctima, aunque había muerto poco después del juicio. ¿Había existido una hija menor? Al parecer así era. Y era una señorita, no una señora...

«Maldición.»

—Señorita Colburne —dijo con voz calma—, todo eso ocurrió mucho antes de que yo empezara a trabajar aquí. Tengo entendido que Rance Welham mató al prometido de su hermana, en efecto. Pero, según creo, sir Arthur se suicidó.

—¡Porque Welham no le dejó otra opción! —La emoción ardió una vez más, encendiéndole las mejillas—. ¡Murió de desesperación! ¿Y qué me decís de mi pobre hermana? ¡Desterrada para morir como una huérfana indigente, lejos de todas las comodidades que había conocido! Con su prometido asesinado y el corazón roto. Y todo ello, señor Napier... sí, todo ello... por culpa de Welham.

Napier cuadró la mandíbula.

—Siento mucho su pérdida, señora —dijo—, pero ni vuestro dinero ni vuestras lágrimas pueden cambiar lo que ha de venir. Welham se ha buscado amigos influyentes... amigos próximos a la reina. Además, su padre ha convencido al testigo principal para que se retracte. Y ahora lord Canciller tiene intención de anular su condena.

—Independientemente de que la anule, eso no es más que una parodia —exclamó la joven—. Pero no puede terminar ahí vuestra acusación. Debéis volver a...

—Sí, señorita Colburne, ése será el final de mi acusación —intervino Napier muy serio—, nos guste o no.

Se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas y la abrió. La dama, sin embargo, no se movió, y la furia la invadió de nuevo, multiplicada esta vez por diez.

—Sois un vil cobarde y un... un matón —dijo con la voz temblorosa—. Pero no os equivoquéis. Yo no soy ninguna de las dos cosas... y haré que Welham pague, señor Napier... si no lo hacéis vos. Si no tenéis los arrestos para hacerlo.

—Tengo arrestos para hacer muchísimas cosas, señorita Colburne —respondió él con tono amenazador—, pero me interesa poco el suicidio político. Y ahora os ruego que os vayáis. Y en el futuro os sugiero que midáis vuestras palabras. Por muy compasivo que pueda sentirme, la Corona considerará una amenaza lo que acabáis de decir y esperará de mí que os acuse como corresponde.

Con los ojos como brasas, la señorita Colburne alargó la mano, pasándola junto a él y cogiendo bruscamente su maleta.

—Oh, no era una amenaza, señor —dijo, lanzándole una última

mirada de despedida al tiempo que salía con paso firme—. Es simplemente una verdad divina... algo que, me atrevería a decir, os resulta del todo desconocido.

Napier no dijo nada más.

No era un hombre dado a la vacilación ni que sufriera demasiado los embates de la incertidumbre. Aun así, con una mano apoyada en lo alto del marco de la puerta, se quedó mirando cómo la mujer cruzaba visiblemente indignada su vestíbulo, y no hizo nada.

No hizo nada porque en el fondo de su corazón sabía que ella estaba en lo cierto.

Elizabeth Colburne lo había perdido todo.

Y Rance Welham era un estafador y un asesino que merecía la muerte.

La verdad, a fin de cuentas, era el arma de Napier.

Enojado consigo mismo —y con las circunstancias—, cerró con un portazo y regresó a su escritorio, con la mirada baja de pura frustración.

La mujer había olvidado sus condenados guantes encima de su mesa. Dos muestras imposiblemente delicadas de piel de cabritilla que se abrochaban en la muñeca con unos diminutos botones de perlas. Todavía estaban calientes, y seguían impregnados del olor a lirios y a piel nueva que se mezclaba con lo que quedaba de su calor.

Durante un instante, Napier se permitió aspirar la seductora fragancia. Luego, con un mascullado juramento, abrió de un tirón un cajón del escritorio, guardó en él los guantes sin contemplaciones y lo cerró de golpe, casi con saña.

1

Cuando el diablo se lleva lo que es suyo

1849

Greenwich

Pocos son los hombres que pueden sortear sin miramientos los peligros de la vida armados con poco más que los instintos superiores y con una desconfianza innata en la condición humana. Napier era esa clase de hombre, y eso le había valido un feo apodo:

Roy el Desalmado.

Hacía tiempo que los bajos fondos de Londres habían podido comprobar lo acertado de ese apodo. Sin embargo, y desgraciadamente, la llamada que había recibido ese día nada tenía en común con los bajos fondos.

Con el vello de la nuca erizado, se apeó del elegante carruaje que le habían enviado para arrancarle de sus archivos y de su taza vesperina de Darjeeling, que en ese momento se enfriaba encima de su escritorio. Encajándose el portafolio de piel negra bajo el brazo, se detuvo entre la magnificencia que le rodeó de pronto y barrió fugazmente con su penetrante mirada de ojos entrecerrados el laberinto de aristócratas que deambulaban por los jardines posteriores de sir Wilfred Leeton. Luego exhaló despacio.

Ni siquiera toda la elegancia del mundo bastaba para ocultarla.

La muerte.

Pudo percibirla como algo tangible.

Dos agentes uniformados bajaron tras él, dejando oír el suave crujido de sus botas en la gravilla. El carruaje, blasonado en oro con las armas del conde de Lazonby, partió traqueteando y dejando al trío plantado y solo, como los tristes restos de un naufragio en mitad de un océano de opulencia.

Al verles, un corpulento y agitado mayordomo emergió apresuradamente de entre un puñado de criados apostados junto a los jardines de la cocina y saludó con una inclinación de cabeza.

Napier se inclinó, acercándose mucho a él.

—¿No habrá sido... sir Wilfred? —murmuró.

Pero había desolación en los ojos del criado cuando asintió. Tras un breve intercambio de palabras susurradas, señaló a un pequeño pabellón de piedra.

Los susurrantes grupitos de damas y caballeros se apartaron del camino de Napier al tiempo que le seguían incómodos con los ojos cuando él cruzó con paso firme la franja de césped perfectamente recortado que unía los jardines traseros de la mansión con la pequeña estructura parcialmente hundida en el terreno.

Incluso entonces —a pesar de su mal genio y de su impaciencia— le pareció extraño que, de todas las miradas que se habían fijado en él, fuera la fría mirada de color verde veronés de Elizabeth Ashton la que sintió con mayor intensidad.

Y resultaba especialmente peculiar porque, hasta ese instante, Napier no había sabido de la existencia de Elizabeth Ashton. O, para no faltar a la verdad, no *exactamente*. Sin embargo, sintió el calor de esa mirada —si es que puede decirse que una mirada fría puede dar calor— mientras avanzaba por el sendero, aunque no habría sabido decir por qué ella había captado de tal modo su atención. Quizás —incluso en esos primeros momentos críticos— una parte de él se había dado cuenta de que una vieja rueda había empezado a girar lentamente para cerrar el círculo.

O quizá tuviera que ver con el hecho de que la ágil dama de cabello castaño vestida de gris le resultaba ligeramente familiar, allí plantada como una paloma entre los pavos reales.

Y, turbadoramente, la mano de la dama sobre el brazo del mismo hombre que había arrastrado a Napier hasta allí: Rance Welham, el recientemente ennoblecido conde de Lazonby, un rufián tan corrupto por la estafa y el engaño que su alma no habría podido limpiarse ni aunque la hubieran vuelto del revés y la hubieran hervido en lejía.

No obstante, por muy genial o villano que pudiera ser un hombre, cuando le llegaba, la muerte era siempre igual: fea y descortés. A menudo bruta. Mientras la contemplaba, Napier reparó en que la muerte que había acontecido en el edificio de piedra lo había sido especialmente.

Sir Wilfred tenía un agujero supurante y ceniciento en el centro de la frente. De él brotaba un hilillo de sangre que en ese momento se había espesado hasta convertirse en un reguero de color rojo oscuro que cruzaba el suelo de baldosas blancas. Napier sintió que volvía a erizarsele el vello de la nuca. No era el primer asesinato en el que sir Wilfred había estado implicado, pues en una ocasión había sido testigo en un escabroso juicio: de hecho, el de Lazonby. La coincidencia le turbó.

Haciendo caso omiso del frufrú de faldas y del zumbido de susurros a su espalda, bajó desde el césped por las escaleras de piedra a las frías profundidades de lo que en su día había sido una especie de vaquería, o quizá simplemente una fresquera.

Ilógicamente, quizá porque eso era lo que se esperaba de él, se acuclilló para tomar el pulso inexistente al hombre.

—¡Ah, Will! —murmuró, levantándose—. Me pregunto qué secretos guardabas.

Era en él una costumbre —una mala costumbre, sin duda— hablar de ese modo con los cadáveres.

Sir Wilfred no respondió. Nunca lo hacían.

Boca arriba en el suelo, con el pelo erizado y escaso, el chaleco marrón tirante sobre una tripa de hombre de mediana edad y los pies sorprendentemente delicados embutidos en piel oscura, sir Wilfred parecía más una sobrealimentada marmota que hubiera elegido el momento equivocado para salir de su arbusto.

Pero no se trataba de una pequeña criatura del bosque. No, sir Wilfred Leeton era un sujeto de la peor calaña: la calaña política, y a juzgar por las circunstancias que rodeaban su muerte y por la gente involucrada en lo ocurrido... ¡Santo cielo! Antes de que el caso concluyera, a buen seguro que sus tentáculos se habrían extendido por el Ministerio del Interior al completo.

Napier estaba ya enmarañado entre esos tentáculos, tal y como lo había pretendido lord Lazonby, o al menos ésas eran sus sospechas. Los inspectores adjuntos de policía no se encargaban de las investigaciones de asesinatos. Sin embargo, él tendría que hacerse cargo de ése. No serviría cualquier subordinado. Y es que algo había ido muy mal en ese caso, algo más importante que la simple muerte de sir Wilfred. Y, por muchas vueltas que le daba, era incapaz de saber el qué. Aún no. Pero lo lograría.

Hacía no demasiados días, Napier había ido a la ópera con un sano y feliz sir Wilfred, o se había encontrado con él allí. El tipo era un viejo conocido de su difunto padre, anterior inspector adjunto. Y aunque nunca había sentido simpatía por sir Wilfred ni había confiado en él, el desperdicio sufrido por cualquier vida humana, incluso aunque se tratara de una vida tan disoluta y consentida como aquélla, le había dejado clamando justicia.

De pronto, un inexplicable escalofrío de alerta le recorrió la columna. Se volvió a mirar por la ventana abierta. Incluso desde la distancia pudo ver a la mujer de gris que seguía observándole y su mirada clara y gélida clavada en él. El escalofrío caracoleó y se abrió paso en sus profundidades: fue un escalofrío extraño y pronunciadamente íntimo, como un deseo largamente recordado o un anhelo que no supo explicar.

Contuvo el aliento, se sacudió de encima la ridícula sensación y se volvió de espaldas. La dama no era asunto suyo. Todavía.

Al otro lado de la puertecilla oyó los primeros sollozos entrecortados de la viuda, cuya perpleja incomprensión por fin había cedido su lugar al dolor. Con un gesto parco, le indicó al agente local que bajara

y éste vaciló dubitativo justo al pisar el escalón superior, retorciendo el sombrero que llevaba en las manos. Como estaban en Greenwich y no en Londres, el tipo parecía tan distinto de un oficial de la Policía Metropolitana como lo parece el queso del yeso.

Ah, sí. Definitivamente, el tipo era un trozo de yeso.

Napier forzó una sonrisa tensa y rezó por el bienestar de sus botas recién lustradas.

El tipo cruzó de puntillas el suelo de baldosas.

—¿S-sí, Inspector Adjunto?

—Es su primera muerte, ¿verdad, señor Terry?

—La p-primera por disparo, sí —respondió el joven—. Aquí lo que más tenemos son casos de gente que muere ahogada... aunque el invierno pasado e-encontramos a un marinero acuchillado.

—Buen hombre. —Napier propinó al agente un golpe firme entre los omóplatos con el que intentó infundirle ánimos—. Está usted inmunizado a las muertes violentas.

—B-bueno, a ese tipo... le acuchillaron en Deptford Green y después arrojaron aquí el cadáver —prosiguió el muchacho cuyos ojos seguían el reguero de sangre que cruzaba la baldosa blanca hasta colarse en el desagüe de cemento, tiñendo el agua de rosa.

Napier bajó la cabeza para captar la mirada del muchacho, que era más bajo que él.

—¿Señor Terry?

El muchacho alzó la vista y sus ojos grandes y claros parpadearon una sola vez.

—¿S-sí, señor?

—No irá a vomitar en nuestra escena del crimen, ¿verdad?

Los labios de Terry se estrecharon, como en un intento por mantener cerrada la boca. Negó débilmente con la cabeza.

—Me alivia oírlo. —Napier señaló con un gesto una pala de jardín ensangrentada que estaba junto a la fresquera—. Diantre, ¿qué es eso?

—Dicen que s-sir Wilfred... —El joven tragó saliva y lanzó una fugaz mirada al cadáver—. Que atacó a una dama con ella y...

—¿A qué dama? —preguntó Napier.

—A la dama india de la tienda de la pitonisa —respondió Terry, bajando la voz hasta hablar entre susurros—. Tengo entendido que pretendió matarla, pero lo han mantenido en silencio. Terrible, ¿no os parece, señor?

Napier sintió un escalofrío. De modo que era cierto lo que había dicho el mayordomo. Lady Anisha Stafford, mujer que gozaba de gran estima, había estado de algún modo implicada en lo ocurrido.

—¿Resultado muy malherida? —preguntó Napier, cuya voz se había tornado completamente fría.

—Según he oído, ella... logró escapar. Pero lord Lazonby se la llevó de inmediato. Para protegerla del escándalo.

—Bien por él —replicó muy serio Napier.

Y, por una vez, así lo creía.

—Pero es que hay una cantidad de sangre espantosa, señor —prosiguió Terry—, si la sumamos toda, quiero decir.

A su intervención siguió una nueva arcada. Se tapó la boca.

—Maldita sea, hombre. Salga de aquí.

Napier señaló con el pulgar hacia la puerta.

Con una mirada desdeñosa, el muchacho subió las escaleras como una exhalación y emergió a los oblicuos rayos del sol.

De nuevo Napier supervisó taciturno la vieja estructura de piedra y el cuerpo tumbado boca arriba, sin pasar por alto ni un mínimo detalle. La pala de jardín. La sangre. Un taburete volcado. Una vasija rota que había caído desde un estante de mármol situado bajo la ventana.

«Maldita sea.»

Una muerte violenta no era nunca buenas noticias, aunque la cosa empeoraba si estaba implicada en ella la aristocracia. Dando fe de ello, Lazonby seguía fuera en compañía de la atractiva dama de gris, más arrogante que nunca y obviamente decidido a obstruir el peso de la justicia en cuanto tuviera ocasión.

Napier volvió a ser presa de la rabia e, impotente, cerró la mano en un puño. Lazonby no era más que un rufián asesino envuelto en deli-

cado hilo de lana que llevaba años dando sopas con onda a Scotland Yard, llegando incluso en una ocasión a eludir el patíbulo. No le llegaba a lady Anisha ni a la altura del betún, y menos aún tenía categoría para cortejarla. Y ahora le había hecho daño.

Pero ¿qué podía haber causado semejante secuencia de horripilantes acontecimientos?

Sir Wilfred y Lazonby habían frecuentado en su día los mismos círculos peligrosos. ¿Quizá lo ocurrido tuviera relación con el pasado de Lazonby? Y, después de matar a sir Wilfred —o de haber ordenado que le mataran—, ¿habría mandado Lazonby a buscarle simplemente para burlarse de él?

Bien mirado, si podía demostrar esa teoría, la Corona quizá le diera otra oportunidad para devolver a Lazonby al patíbulo.

Napier abrió de un tirón el portafolio de piel negro y se puso manos a la obra.

Desde el otro extremo de la amplia extensión de césped, el conde de Lazonby vio cómo el agente de policía de Greenwich, con el rostro verdoso y entre arcadas, subía las escaleras de la vaquería y corría hacia la arboleda, presa sin duda de las náuseas provocadas por la incesante arrogancia de Royden Napier.

A su izquierda oyó que la viuda de sir Wilfred rompía a sollozar en silencio. El sonido le desgarró. Él no era un monstruo sin corazón. A punto estuvo de acercarse a ella y decirle...

¿Qué? ¿Que su marido había sido un bastardo mentiroso y asesino que se merecía algo mucho peor que un tiro entre los ojos? Y mucho antes, además. A Lazonby la muerte de sir Wilfred le habría convenido unos quince años atrás, además de que le habría ahorrado dos estancias en prisión con una miserable carrera en la Legión Extranjera Francesa entre medio.

Hasta ese mismo día no había sabido cuán deshonesto —cuán absolutamente malvado— había sido sir Wilfred. Qué curiosa la facili-

dad con la que una pistola apuntándole a la cabeza había precipitado su confesión.

No, en el estado en que se encontraba en ese momento, era mucho mejor dejar el consuelo de lady Leeton en manos expertas: esa manada de aristocráticas viudas que ya revoloteaban a su alrededor, arrullando y secando las lágrimas de su anfitriona. En lo que respectaba a su fiesta benéfica anual, a buen seguro las ventas de invitaciones triplicarían las del año en curso. No había nada que la sociedad adorara más que el escándalo.

En cuanto a las lágrimas más inmediatas a lord Lazonby, hacía rato que se habían secado, aunque la mujer que ahora se llamaba a sí misma señora Elizabeth Asthon todavía apoyaba parte de su peso en su brazo. Aun así, había recobrado en gran medida el color desde que él se la había llevado del lugar donde había ocurrido el dramático desenlace de sir Wilfred, y el rostro de la dama había recuperado los orgullosos ángulos que tan familiares le resultaban.

Se quedó perplejo al darse cuenta de lo mucho que había tardado en reconocerla. No obstante, mientras paseaba la mirada por su rostro —un rostro nada convencional, sin duda, aunque de todos modos har-to interesante— pudo con pasmosa facilidad distinguir quién era con absoluta precisión.

Y quién había sido desde siempre.

Se sintió como un auténtico idiota. Durante más de un año, Elizabeth le había rondado —de un modo u otro—, convirtiendo su vida en un infierno mayor de lo que lo había sido hasta entonces. Ella le había culpado de un asesinato que él no había cometido; de ser el causante —el causante indirecto, es cierto— del suicidio de su padre. Y por fin, después de una larga espera, había comprendido por qué. Porque sir Wilfred le había tendido una trampa.

—Veo que os habéis recobrado, señora Ashton —dijo, no sin ciertos visos de afabilidad—. ¿Es ése en efecto vuestro nombre actualmente?

Un leve sonrojo tiñó el rostro de la dama hasta alcanzar sus pómulos fuertes y delicadamente cincelados.

—No hay nada de ruin en ello. Desde que acepté ofrecerme voluntaria para colaborar con la escuela benéfica de lady Leeton, decidí simplemente que «señora» sonaba mucho más prudente que «señorita».

—¡Ah! ¿De modo que el apellido no es Ashton? —preguntó él con frialdad.

Ella arqueó ligeramente ambas cejas.

—¿Os referís a Ashton en lugar de Colburne?

—Oh, no hablemos ahora de vuestros numerosos alias —dijo Lazonby—. Temo ser incapaz de no descontarme. Pero sois inteligente, querida. Debería haberme dado cuenta de hasta qué punto cuando empezasteis a vigilar cada uno de mis pasos, y a insultar a mi persona constantemente... y en los periódicos, ni más ni menos.

La sonrisa de la dama fue apenas una sombra.

—Sean cuales sean los personajes que haya podido representar, jamás he negado ser la hija de sir Arthur Colburne —dijo—. Pero puesto que mi tía y mi tío Ashton se vieron en la obligación de criarme cuando ese monstruo mató a mi padre...

—¡No, no, mi querida joven! —intervino Lazonby con voz queda, apretándole la mano que seguía apoyada sobre la manga de su abrigo—. Vigilad vuestras palabras a partir de ahora. Mi amigo Napier, allí presente, cree que tiene entre manos un asesinato. Y es de todos sabido que vuestro padre se quitó la vida.

Los extraños ojos verdeazulados de la joven brillaron.

—Después de arruinarse, sí.

—Cierto —replicó Lazonby, visiblemente tenso—. Pero vos opastéis por creer que su muerte fue obra mía. Y también la policía. Todos le siguieron el juego a sir Wilfred en ese momento ahora tan lejano. Y mirad lo que esa testarudez nos ha traído, querida.

—No soy vuestra querida —intervino ella acaloradamente—. Y vos seguís siendo un rufián.

—Sí —respondió secamente Lazonby—, pero un rufián inocente.

La dama lanzó una mirada de soslayo hacia la puerta de la vaquería.

—Santo Dios bendito —susurró, llevándose las yemas de los dedos a la boca—. No puedo dejar de pensar que despertaré... que puedo volver atrás en el tiempo... pero sir Wilfred está realmente... muerto.

—Y, al final, ninguno de nosotros lo lamentaremos demasiado —predijo Lazonby, lanzando una atenta mirada en derredor—. Aunque si en algún momento manifestáis esa premisa en voz demasiado alta, querida mía, estaréis ofreciendo un claro motivo para haberle matado.

Ella pareció de pronto atemorizada.

—Pero yo... necesito contárselo todo a Napier —susurró—. Lo descubrirá de todos modos, Lazonby. Y entonces seré yo quien termine en prisión, no vos.

—No os atreveréis —le ordenó él muy serio—. Es todo lo que puedo hacer para protegeros.

—Me extraña incluso que os hayáis tomado tantas molestias —replicó ella agriamente.

—Simplemente porque quiero algo de vos —respondió Lazonby—. Necesito limpiar mi nombre. No puedo permitir que os acusen de asesinato. Napier es peligroso. No tardará un solo instante en caer sobre vos... seáis o no culpable. Confíad en mí. Sé muy bien cómo era su padre.

—¡Que confíe en vos! —murmuró—. ¡Santo Dios!

—Escuchadme, Elizabeth. Vos sois la única persona que oyó la confesión de sir Wilfred antes de su muerte. Después de todos estos años culpándome, ahora sabéis que soy inocente... y vais a conseguir que Napier lo crea. Acabada no me seréis de ninguna utilidad. Además, yo he estado en prisión, como bien recordaréis. Y no se lo deseo a nadie.

—Sí, no descansaríais hasta verme en la horca, ¿no es cierto? —susurró ella, apartando la mirada—. No permitiréis que lo olvide nunca, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —dijo él muy calmado—. Por cierto,

ajustaos el mantón, si sois tan amable. Tenéis una quemadura de pólvora en el corpiño. Sí, exactamente ahí. A Dios gracias que habéis tenido el buen tino de vestir de gris.

—Siempre lo tengo —replicó ella.

—En efecto, me he dado cuenta.

—Pero os lo repito, lord Lazonby —intervino la señorita Ashton—, por si os pasó desapercibido la primera vez: no he llevado esta pistola en mi retículo durante todos estos meses con la intención de disparar a sir Wilfred Leeton.

Lazonby esbozó una sonrisa muda.

—¡Dios, no! —concedió—. Creo que todos sabemos que vuestra intención era dispararme a mí... eso suponiendo que no consiguierais echarme una vez más la soga al cuello.

Sin embargo, ese revelador dictamen fue recibido por la reaparición de Napier que acababa de emerger de entre las sombras de la vaquería para conversar con sus agentes. Un instante más tarde, Napier se encaminaba resueltamente a grandes zancadas hacia ellos.

Lazonby volvió la mirada hacia ella y le guiñó un ojo.

—Bien, ¡arriba el telón, querida mía! —murmuró—. ¿Estamos pues listos para salir a escena?

*T*ras haber pasado el testigo y unos sencillos recordatorios al forense, Napier subió de nuevo los escalones y emergió a la recortada extensión de verde que se extendía hacia la mansión de los Leeton.

—Quiero a todo el mundo fuera de aquí —ordenó a los dos oficiales de Scotland Yard que se había llevado con él—, excepto a Lazonby y la otra testigo.

—Sí, señor —dijo el mayor de los dos agentes—. ¿Y qué hacemos con la viuda?

Pero la mirada de Napier, y también su aliento, habían vuelto a quedar prendidos de la mujer de gris.

—Limítense a acompañar dentro a lady Leeton y a dejarla a buen recaudo —murmuró distraídamente—. Hablaré con ella cuando haya terminado con Lazonby y con la institutriz, o lo que demonios sea.

Napier ya había pedido al mayordomo que le proporcionara la lista de invitados a la fiesta. A buen seguro la lista en cuestión debía de ser lo más parecido a una página arrancada del DeBrett's, aunque poco importaba eso. Según sus informaciones, todos los presentes habían estado emplazados alrededor de la carpa del té situada en el parterre oeste. Simplemente habían oído, más que visto, el disparo que había terminado con la vida de su anfitrión.

Todos, excepto lady Anisha y la pareja que ahora le observaba desde el otro extremo del parterre de césped.

Estudió con atención a la mujer a medida que se acercaba. Esos ojos gélidos y azul verdosos volvieron a parpadear con un apenas perceptible atisbo de turbación cuando se plantó delante de ellos, pero la pequeña delación quedó rápidamente velada y la pálida y luminiscente máscara minuciosamente repuesta.

La mirada de la dama le alertó. Había algo... algo familiar en la curva de su rostro. Y, sin embargo, algo no concordaba.

No. No la conocía.

«¿O quizá sí?»

—Lazonby.

Napier dedicó al conde una inclinación de cabeza excesivamente seca antes de presentarse a la mujer.

—Elizabeth Ashton —respondió ella con la voz ronca como por el efecto de las lágrimas—. Enseño gramática en la escuela benéfica de lady Leeton.

Eso tomó a Napier por sorpresa. A pesar del comentario jocoso que había compartido con el agente, no había la menor sombra de remilgada maestra en esos ojos fríos y astutos. Y, vista de cerca, su sencillo vestido gris era sin duda una prenda de gran calidad.

—¿No deseáis tomar asiento, señora? —sugirió, indicando con un floreo el banco de piedra que lady Leeton había dejado vacante.

Lord Lazonby, sin embargo, no soltó el brazo de la dama, sino que la acompañó hasta el banco y se quedó envaradamente plantado a su lado como el soldado que había sido en su día.

Napier señaló al sendero con un gesto de la cabeza.

—Caminad conmigo un momento, Lazonby, si sois tan amable.

—No tengo nada que decir que no puedan oír los oídos de la señorita Ashton —respondió fríamente el conde.

Napier dedicó otra mirada a la dama.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué significa todo esto? ¿Para qué habéis mandado a buscarme?

La de Lazonby fue una sonrisa débil.

—¿El cadáver de vuestro viejo amigo no os parece motivo suficiente?

—Sir Wilfred y yo apenas nos conocíamos.

—Ah, sir Wilfred y vuestro padre, el anterior inspector adjunto, eran mucho más que unos simples conocidos. —La voz de Lazonby llegó impregnada de un tono malévolo y amenazador—. De hecho, sir Wilfred contaba, en los instantes previos a su desgraciada muerte, exactamente lo íntimos que habían sido.

—¿Qué es lo que pretendéis, Lazonby? —En contra de su voluntad, Napier sintió que le inundaba la ira, como le ocurría siempre en presencia del conde—. Poco tengo que ver yo con mi padre.

—Cierto, pero sí comparten idéntica profesión —contraatacó Lazonby—. El viejo oficio de vuestro padre. Sus viejos archivos. *Mis* viejos archivos, para ser exactos: los que documentan mi errónea condena por asesinato.

Napier sintió que se le contraía el labio.

—Puede que yo no sea más que un funcionario del Estado, mi señor, pero prefiero arder en el infierno que ser responsable de gente como vos —susurró—. Además, esto es Greenwich, no Londres. Aquí carezco de jurisdicción.

—Quizá carezcáis en efecto de jurisdicción —dijo Lazonby—. Pero ¿y de influencia? La tenéis, y mucha.

—Me estáis haciendo perder el tiempo, Lazonby —replicó Napier. Un destello iluminó los ojos de Lazonby.

—He mandado llamaros porque, por mutuo beneficio, debemos manejar la muerte de sir Wilfred con discreción.

Napier respondió con la suya a la desdeñosa sonrisa del conde.

—¿Es eso cierto? —murmuró—. No se me ocurre ninguna otra ocasión, señor, en que nuestros intereses comunes hayan sido poco más que una ligera inclinación de cabeza entre dos conocidos.

—Sir Wilfred yace muerto en su propia vaquería —insistió Lazonby—. ¿No deseáis saber cómo ha ocurrido?

—Posiblemente me equivoque —dijo Napier sarcásticamente—, pero tenía la impresión de que alguien ha disparado al caballero en la cabeza.

—¡Sí, pero ha sido un accidente! —intervino la dama—. Sir Wilfred era... ¡estaba loco! Cogió la pistola y...

—Y se le disparó accidentalmente —intervino Lazonby, depositando una mano sobre el hombro de la mujer.

—¿Ah, sí? —Napier bajó bruscamente la mirada, clavándola en los peculiares ojos de la dama—. ¿De verdad?

—Vamos, señorita Ashton —prosiguió Lazonby—. Estáis demasiado alterada. Permitidme explicarlo.

—Oh, no sé —intervino Napier—. Quizá confíe más en la opinión de la dama que en la vuestra. Además, yo la veo fría como un cubo de hielo.

Lazonby se inclinó entonces hacia Napier, acercándose mucho a él.

—Os excedéis, inspector adjunto —susurró—, y corréis un gran peligro. Ahora os contaré lo que ha ocurrido hoy aquí. Y vos anotaréis cada una de mis palabras en vuestro pequeño libro negro. Y después haréis que todo este asunto se olvide, señor.

Pero Napier apenas alcanzó a oír las últimas palabras de lord Lazonby. En vez de eso, había sacado su reloj de bolsillo y lo miraba.

—Por Dios, viejo amigo —dijo Lazonby con tono burlón—. Espero no estar impidiéndoos dar vuestro paseo vespertino.

Napier alzó la vista para enfrentarse a la mirada del conde.

—Santo cielo, ¡habéis mandado llamarme antes de que dispararan a sir Wilfred! —dijo acusadoramente—. No puede haber sido de otro modo. El cadáver sigue todavía caliente. El mayordomo de los Leeton dice que oyó el disparo alrededor de las cuatro. A esa hora yo estaba cruzando el puente de Westminster.

—Napier, viejo amigo, bajad la voz. —Lazonby le puso una mano en el brazo—. Sí, os he mandado llamar porque...

—Por Dios, Lazonby. Si habéis asesinado a otro hombre inocente, juro que haré que os cuelguen por ello. Y esta vez me aseguraré de que os ahorquen hasta veros muerto y bien muerto.

Ante las palabras de Napier la mujer se levantó de un brinco del banco.

—¡Pero Lazonby no ha matado a nadie! —insistió—. Nunca lo ha hecho, ¿es que no lo veis? Y Wilfred Leeton no tenía nada de inocente. ¡Nada! ¡Era un maligno y mentiroso demonio!

A Napier la vehemencia de la dama le resultó extrañamente familiar.

—Calmaos, señora.

—¡No! Dios mío, ¿es que no lo veis? —La voz de la señorita Ashton temblaba de rabia, como si por fin algo en su interior se hubiera roto—. Esto... todo esto, es el resultado de... ¡de las mentiras y la incompetencia! —prosiguió—. ¡De vanas suposiciones y de la despiadada codicia! Leeton se ha burlado de todos nosotros, señor Napier... y eso incluye también a vuestro santo padre.

—¿Ah, sí? —La ominosa sensación de familiaridad era cada vez más profunda—. ¿Habéis sido vos entonces quien ha disparado a sir Wilfred?

Ella contuvo un entrecortado jadeo.

—Yo... yo...

—Esto es lo que diremos —intervino Lazonby, lanzando una oscura mirada a Napier—: su hermano mató a sir Wilfred. Accidentalmente.

En ese momento la dama dejó perplejo a Napier derrumbándose sobre el césped, sollozando como si su mundo hubiera tocado a su fin, con la falda arremolinada a su alrededor como un estanque de lustrosa seda gris.

—¡Ah! —Napier agitó una mano, abarcando con su gesto el césped—. Y ese misterioso hermano, ¿dónde podría estar exactamente?

—Se ha asustado y ha huido. —Lazonby se había arrodillado para reconfortar a la sollozante dama—. Por cierto, su nombre es Jack Coldwater, del *Morning Chronicle* —dijo, alzando una fría mirada hacia Napier—. Seguro que querréis anotar eso en vuestra libreta de preguntas.

—¿Jack Coldwater? ¿El radical reportero pelirrojo de pluma feroz que no deja en ningún momento de remover en los periódicos vuestra condena por asesinato? Eso no tiene ningún sentido, Lazonby.

—Bueno, pues ésa es la verdad de lo ocurrido —replicó Lazonby mientras Napier le ayudaba a poner en pie a la sollozante y temblorosa mujer—. Y antes de que los disparos dejaran de reverberar, como tan inteligentemente lo expresan las novelas de un penique, sir Wilfred ha confesado haber apuñalado al mismo tipo por cuyo asesinato vuestro padre me encerró en Newgate.

—Debéis de haber perdido el juicio.

—Él... no está loco.

Los extraordinarios ojos de la señorita Ashton se habían dulcificado y ahora las lágrimas surcaban sus mejillas.

—En efecto. Estoy perfectamente cuerdo... como lo he estado todos los años desde que el viejo Hanging Nick logró que me condenaran por asesinato. —Lazonby apremió con sumo cuidado a la señorita Ashton a que volviera a acomodarse en el banco—. Os he repetido hasta la saciedad que yo nada tuve ver con eso. Y ahora aquí está la prueba.

—¿Prueba? —estalló Napier—. ¡No hay ninguna prueba!

Pero al parecer la señorita Asthon había recobrado la compostura.

—Sí la hay —dijo con la voz todavía trémula y queda—. He oído

a sir Wilfred confesarlo todo. Al parecer, lady Anisha había empezado a sospechar de él. No sé exactamente por qué. Pero sir Wilfred le golpeó en la cabeza con una pala de jardín y la arrastró hasta aquí para ahogarla en la vaquería.

Napier entrecerró los ojos.

—Y vos lo sabéis... ¿cómo?

—Les seguí.

—Diantre. ¿Por qué?

—Digamos simplemente que buscaba a su hermano —intervino Lazonby—. Jack Coldwater también les había seguido.

—Caramba, ¡debe de haber sido un auténtico desfile!

Napier negó con la cabeza, como intentando entenderlo.

—No, en realidad es todo muy sencillo —dijo Lazonby, y en ese instante Napier supo que podía ser cualquier cosa menos eso—. Diremos simplemente que la señorita Ashton vio a su hermano entre la gente y que supuso que Coldwater había venido buscando a sir Wilfred.

—¿Diremos simplemente? —Entre toda esa confusión, Napier por fin estaba empezando a encontrar un sentido a las patrañas de Lazonby—. Por Dios, no. Obtendré la verdad... de los dos.

—Y la verdad es que Jack Coldwater estaba en esa vaquería porque había estado investigando un viejo caso de asesinato, igual que Anisha —le recordó Lazonby a Napier en un tono casi acusador—. Y vos deberíais saberlo. Fuisteis vos quien la dejó entrar en vuestra oficina para ver los archivos de vuestro padre. Y precisamente por eso ella hizo demasiadas preguntas, y sir Wilfred temió que su castillo de naipes se derrumbara.

Napier se limitó a clavar la mirada en él. Un gélido escalofrío había empezado a recorrerle despacio. Había dejado entrar a lady Anisha en su oficina... y por motivos egoístas además. Y ahora estaba empezando a ver con horripilante claridad por qué le habían convocado allí.

Pero Lazonby seguía hablando, y su tono era ostensiblemente autoritario.

—De modo que Coldwater vigilaba a sir Wilfred cuando le vio golpear a lady Anisha y llevarla a rastras a la vaquería. Coldwater intentó salvarla, pero sir Wilfred le agredió. Tuvo lugar un forcejeo y la pistola que Coldwater llevaba en el bolsillo se disparó. Accidentalmente.

—Interesante historia —dijo sarcásticamente Napier—. Aunque debo recordar que siempre habéis tenido una vívida imaginación, mi señor.

—Contáis con el testimonio de la señorita Ashton —ladró Lazonby—. Y está también la propia Anisha. Pero debo advertiros, aquí y ahora, que no tengo intención de involucrarme ni un ápice más en este asunto. Sois vos quien vais a encargáros de solucionarlo. Vos y sólo vos.

—¡Por todos los demonios! —maldijo Napier—. No pienso hacer semejante cosa.

—Ah, pues estoy convencido de que deberíais. —La voz de la señorita Ashton había dejado de temblar—. Porque todo es cierto. Además, sir Wilfred añadió algo más, señor Napier, justo antes de morir. A decir verdad, se vanaglorió de ello.

—¿Ah, sí? —Napier intentó no parecer cruel—. ¿Y que podría ser?

Los extraños ojos verdeazulados de la dama le sostuvieron la mirada, firmes y sin un solo parpadeo, y en ese momento Napier tuvo la absoluta certeza de que la conocía.

Y entendió también, gracias a sus instintos de policía, que ella estaba a punto de decir algo que no iba a gustarle.

La joven inspiró hondo, casi entrecortadamente.

—Sir Wilfred se vanaglorió de haber sobornado al anterior comisario adjunto de la Policía Metropolitana —dijo—. De haber sobornado a vuestro padre, señor Napier. Para asegurarse de que Rance Welham, ahora lord Lazonby, fuera acusado y condenado por un asesinato que no había cometido.

Napier la miró fijamente. El escalofrío que hasta entonces le recorría se convirtió de pronto en una descarga de incertidumbre que le

heló la sangre en las venas, como una amenaza secreta, contenida y oculta durante demasiado tiempo. La amenaza rugió en su cabeza, pugnando por liberarse violentamente de toda restricción.

—No. Yo... no os creo —dijo por fin.

A fin de cuentas, ¿qué otra cosa podía decir?

Nicholas Napier había tenido fama por doquier de ser el hombre más resolutivo e implacable al servicio de la Corona en el seno de la Policía Metropolitana. Y, en cuanto sus oficiales arrestaban a un hombre, el tipo podía darse por ahorcado. Sólo Lazonby había conseguido zafarse de la soga de Newgate.

De niño, Napier había idolatrado a su padre. Siempre le había imaginado como un hombre perfecto. Libre de cualquier sombra de reproche. Y si, en sus últimos años, había surgido el ocasional cuestionamiento o inconsistencia... bien, prefería arder en el infierno que admitirlo en presencia de un asesino convicto como aquél.

Eso si Lazonby era, en efecto, un asesino...

Napier se pasó la mano por la cara. La importancia de lo que acababa de oír volvió a calar en él, obligándole a reactivar su propia respiración.

Sir Wilfred... oh, para desgracia de todos, siempre había sido demasiado inteligente. En cuanto la conmoción por lo ocurrido quedara atrás, nadie lloraría su pérdida durante mucho tiempo.

Y Lazonby, el arrogante bastardo... el eterno buen caballero... de pronto se había apartado levemente a un lado, como intentando concederle el tiempo y el espacio necesarios para que se recuperara.

La señorita Ashton se limitó a suspirar.

—Señor Napier, no os acordáis de mí, ¿verdad? —dijo—. Fue hará casi dos años. En vuestra oficina.

Napier no podía apartar la vista de ella. Y de pronto supo por qué le resultaba tan familiar. Por qué sentía esa extraña conexión tan seductora y tan turbadora a la vez.

—¡Elizabeth Colburne! —gruñó—. Santo Dios, esto no puede ser una coincidencia.

—De hecho lo es, me atrevería a decir —respondió ella con voz queda al tiempo que unía sus delgadas manos como en un gesto de plegaría.

Napier se dio cuenta de que eran sus ojos. Esos ojos increíbles eran la clave. Y la única pista, pues tenía el pelo ligeramente más oscuro y su figura parecía más rellena y mucho más sinuosa.

—En cuanto a lo que acaba de decir lord Lazonby —prosiguió la dama con voz ligeramente temblorosa—, me temo que terminaréis por creerlo. Tal y como lo he hecho yo. Aunque me atrevería a decir que ninguno de los dos vamos a disfrutar viendo tan drásticamente alteradas nuestras cómodas y trilladas opiniones.

Napier le sostuvo la mirada, previendo lo peor. Y es que el día había sido hasta entonces tan detestable, que sabía sin duda alguna que lo peor estaba por llegar.

Y entonces Elizabeth Colburne-Ashton, o cualquiera que fuera su condenado nombre, volvió a suspirar, posando en él su verdosa mirada de un modo tal que le cortó el aliento. Se inclinó hacia él, acercándose tanto que pudo aspirar la esencia de su perfume, esa exótica combinación de jazmín y de lirios calentados por el sol, única como única lo era también la dama.

—Y ahora, señor Napier —susurró ella con su voz ronca—. ¿No sería mejor para todos si olvidáramos este espantoso asunto?

Napier la miró sin comprender, embriagado por su aroma y su cercanía.

—¿Qué queréis decir?

Pero Lazonby rompió el hechizo poniendo una pesada mano sobre el hombro de Napier.

—Lo que quiere decir es que no deberíamos remover el pasado —dijo, dándole una firme palmada—. Aceptadlo, viejo amigo. Confíad en mí. Tan sólo conseguiréis mancillar el buen nombre de vuestro padre si seguís removiendo el viejo fango. Y, señorita Ashton, ahora sed tan amable de guardar silencio.

—¡Demonios! —maldijo Napier.

Pero el condenado Lazonby se limitó a guiñarle un ojo.

—Ahora escuchadme bien, viejo amigo —murmuró, pasando su brazo sobre los hombros de Napier e invitándole así a caminar con él por el sendero, alejándose ambos de la dama de gris—. Pues voy a contaros una historia cuya veracidad yo, en vuestro lugar, no pondría en duda.

—Ah, ¿una historia, decís? —preguntó Napier—. Viniendo de vos, no debería sorprenderme.

—Bueno, llamémosle mejor una leyenda —se corrigió Lazonby—. La leyenda de un joven periodista de gran talento aunque radical llamado Jack Coldwater. Nuestro Jack ha tenido una larga y notoria carrera en dos continentes. Y ahora va a ahorrarnos un montón de disgustos, además de salvar de paso la reputación de vuestro santo padre.

—¿Ah, sí? —replicó Napier—. Me gustaría saber cómo.

—Porque es escurridizo como el mercurio —respondió Lazonby con una sonrisa de oreja a oreja— y condenadamente difícil de atrapar. Intenté por todos los medios descubrirle y fracasé miserablemente... como, me temo, os ocurrirá también a vos.